



La Santa Sede

CARTA APOSTÓLICA
MAESTRO EN LA FE
DEL SUMO PONTÍFICE
JUAN PABLO II

*Al Rvdm. p. Felipe Sáinz de Baranda,
preósito general de la orden
de los Hermanos Descalzos
de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo
con ocasión del IV Centenario de la muerte
de san Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia*

Introducción

1. *Maestro en la fe* y testigo del Dios vivo, san Juan de la Cruz se hace presente en la memoria de la Iglesia, particularmente hoy, al celebrarse el IV Centenario de su tránsito a la gloria, que tuvo lugar el 14 de diciembre de 1591, cuando desde su convento de Úbeda fue llamado a la casa del Padre.

Es un gozo para toda la Iglesia comprobar los frutos abundantes de santidad y sabiduría que este hijo suyo sigue dando con el ejemplo de su vida y la luz de sus escritos. En efecto, su figura y sus enseñanzas atraen el interés de los más variados ambientes religiosos y culturales, que en él hallan acogida y respuesta a las aspiraciones más profundas del hombre y del creyente. Abrigo, pues, la esperanza de que esta celebración jubilar sirva para dar más realce y difusión a su mensaje central: *la vida teologal en fe, esperanza y amor*.

Este mensaje, dirigido a todos, es herencia y tarea apremiante para el Carmelo Teresiano que, con razón, lo considera padre y maestro espiritual. Su ejemplo es ideal de vida; sus escritos son

tesoro a compartir con cuantos buscan hoy el rostro de Dios; su doctrina es también palabra actual, en especial para España, su patria, cuyas letras y nombre honra con su magisterio de alcance universal.

2. Yo mismo me he sentido atraído especialmente por la experiencia y enseñanzas del santo de Fontiveros. Desde los primeros años de mi formación sacerdotal encontré en él un guía seguro en los senderos de la fe. Este aspecto de su doctrina me pareció de importancia vital para todo cristiano, particularmente en una época como la nuestra, exploradora de nuevos caminos, pero también expuesta a riesgos y tentaciones en el ámbito de la fe.

Mientras continuaba aún vivo el clima espiritual suscitado por la celebración del IV Centenario del nacimiento del santo carmelita (1542-1942) y Europa renacía de sus cenizas, tras haber experimentado la noche oscura de la guerra, elaboré en Roma mi tesis doctoral en Teología acerca de *La fe según san Juan de la Cruz* [1]. En ella analizaba y destacaba la afirmación central del doctor místico: *la fe es el medio único, próximo y proporcionado para la comunión con Dios*. Ya entonces intuía que la síntesis de san Juan de la Cruz contiene no solamente una sólida doctrina teológica sino, sobre todo, una exposición de la vida cristiana en sus aspectos básicos como son la comunión con Dios, la dimensión contemplativa de la oración, la fuerza teologal de la misión apostólica, la tensión de la esperanza cristiana.

Durante mi visita a España, en noviembre de 1982, tuve el gozo de exaltar su memoria en Segovia, ante el sugestivo escenario del acueducto romano, y venerar sus reliquias junto a su sepulcro. Pude proclamar de nuevo allí el gran mensaje de la fe, como esencia de su enseñanza para toda la Iglesia, para España, para el Carmelo. Una fe viva y vigorosa que busca y encuentra a Dios en su Hijo Jesucristo, en la Iglesia, en la belleza de la creación, en la oración callada, en la oscuridad de la noche y en la llama purificadora del Espíritu [2].

3. Al celebrar ahora el IV Centenario de su muerte es conveniente, una vez más, ponerse a la escucha de este maestro. Por una feliz coincidencia se hace nuestro compañero de camino para este período de la historia, en los umbrales del año 2000 cuando acaban de cumplirse los 25 años de la clausura del Concilio Vaticano II, que impulsó y favoreció la renovación de la Iglesia en lo que se refiere a pureza de doctrina y santidad de vida. "A la Iglesia -afirma el Concilio- toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado, con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo. Esto se logra principalmente con el *testimonio de una fe viva y adulta*, educada para poder percibir con lucidez las dificultades y poderlas vencer" [3].

Presencia de Dios y de Cristo, purificación renovadora bajo la guía del Espíritu, experiencia de una fe iluminada y adulta. ¿No es éste en realidad el contenido central de la doctrina de san Juan de la Cruz y su mensaje para la Iglesia y los hombres de hoy? Renovar y reavivar la fe constituye la base imprescindible para afrontar cualquiera de las grandes tareas que se presentan hoy con

mayor urgencia a la Iglesia: experimentar la presencia salvífica de Dios en Cristo, en el centro mismo de la vida y de la historia, redescubrir la condición humana y la filiación divina del hombre, su vocación a la comunión con Dios, razón suprema de su dignidad [4], llevar a cabo una nueva evangelización a partir de *la reevangelización de los creyentes*, abriéndose cada vez más a las enseñanzas y a la luz de Cristo.

4. Muchos son los aspectos por los que Juan de la Cruz es conocido en la Iglesia y en el mundo de la cultura: como literato y poeta de la lengua castellana, como artista y humanista, como hombre de profundas experiencias místicas, teólogo y exégeta espiritual, maestro de espíritus y director de conciencias. Como maestro en el camino de la fe, su figura y escritos iluminan a cuantos buscan la experiencia de Dios por medio de la contemplación y del abnegado servicio a los hermanos. En su elevada producción poética, en sus tratados doctrinales -*Subida del Monte Carmelo, Noche Oscura, Cántico Espiritual, y Llama de Amor viva*-, así como en sus escritos breves y enjundiosos -*Dichos de luz y amor, Avisos y Cartas*-, el santo nos ha dejado una gran síntesis de espiritualidad y de experiencia mística cristiana. Sin embargo, entre tanta riqueza de temas y contenidos, quiero fijar la atención en su mensaje central: la *fe viva*, guía del cristiano, única luz en las noches oscuras de la prueba, llama ardiente alimentada por el Espíritu.

La fe como bien demuestra el santo con su vida inspira la adoración y la alabanza, confiere a toda la existencia realismo humano y sabor de trascendencia. Deseo, pues, con la luz del "Espíritu Santo enseñador" [5] y en sintonía con el estilo sapiencial de fray Juan de la Cruz, comentar algunos aspectos de su doctrina acerca de la fe, compartiendo su mensaje con los hombres y mujeres que viven hoy en esta hora de la historia llena de retos y esperanzas.

I. Maestro en la fe

El marco histórico

5. Las condiciones históricas en que le tocó vivir ofrecían a fray Juan de la Cruz un denso panorama de posibilidades e incentivos para el desarrollo pleno de su fe. Durante su vida (1542-1591), España, Europa y América se abren a una época de religiosidad intensa y creativa; es el tiempo de la expansión evangelizadora y de la reforma católica; pero es también tiempo de desafíos, de rupturas de la comunión eclesial, de conflictos internos y externos. La Iglesia, en esos momentos, tiene que dar respuesta a graves y urgentes tareas: un gran Concilio, el de Trento, doctrinal y reformador; un nuevo continente, América, por evangelizar; un viejo mundo, Europa, por vigorizar en sus raíces cristianas.

La vida de Juan de la Cruz se desarrolla en este marco histórico denso en situaciones y experiencias. Vive su niñez y juventud en extrema pobreza, abriéndose camino con el trabajo de sus manos en Fontiveros, Arévalo y Medina del Campo. Sigue la vocación carmelitana y recibe la formación superior en las aulas de la Universidad de Salamanca. A raíz del encuentro

providencial con santa Teresa de Jesús, abraza la reforma del Carmelo e inicia la nueva forma de vida en el primer convento de Duruelo. Primer carmelita descalzo vive las vicisitudes y dificultades de la naciente familia religiosa, como maestro y pedagogo, así como confesor en la Encarnación de Ávila. La cárcel de Toledo, las soledades de El Calvario y La Peñuela en Andalucía, su apostolado en los monasterios, su tarea de superior van curtiendo su personalidad, que se refleja en la lírica de su poesía y en los comentarios de sus escritos, en la vida conventual sencilla y en un apostolado itinerante. Alcalá de Henares, Baeza, Granada, Segovia y Úbeda son nombres que evocan una plenitud de vida interior, de ministerio sacerdotal y de magisterio espiritual.

Con esta rica experiencia de vida, frente a la situación eclesial de su tiempo, toma una actitud abierta. Conoce los acontecimientos, hace alusión en sus escritos a las herejías y desviaciones. Al final de su vida se ofrece para ir a México a anunciar el Evangelio; hace los preparativos para cumplir sus propósitos pero la enfermedad y la muerte se lo impiden.

6. A las graves urgencias espirituales de su tiempo Juan de Yepes responde abrazando una vocación contemplativa. Con ese gesto no se desentiende de sus responsabilidades humanas y cristianas; por el contrario, al dar ese paso se dispone a vivir con plena conciencia el núcleo central de la fe: buscar el rostro de Dios, escuchar y cumplir su palabra, entregarse al servicio del prójimo.

El nos demuestra cómo la vida contemplativa es una forma de realizarse plenamente el cristiano. El contemplativo no se limita únicamente a largos ratos de oración. Los compañeros y biógrafos del santo carmelita nos ofrecen de él una imagen dinámica: en su juventud aprendió a ser enfermero y albañil, a trabajar en la huerta y aderezar la Iglesia. Ya adulto, desempeñó responsabilidades de gobierno y de formador, atento siempre a las necesidades espirituales y materiales de sus hermanos. A pie recorrió largos caminos para asistir espiritualmente a sus hermanas, las Carmelitas Descalzas, persuadido del valor eclesial de su vida contemplativa. En él todo puede resumirse en una honda convicción: *es Dios y sólo él quien da valor y sabor a toda actividad*, "porque donde no se sabe a Dios, no se sabe nada" [6].

El mejor servicio a las necesidades de la Iglesia lo prestó, pues, con su vida y escritos, desde su peculiar vocación de carmelita contemplativo. Así vivió fray Juan en compañía de sus hermanos y hermanas en el Carmelo: en la oración y el silencio, en el servicio, la sobriedad y la renuncia. Imbuido todo ello por la fe, la esperanza y el amor. Con santa Teresa de Jesús realizó y compartió la plenitud del carisma carmelitano. Juntos siguen siendo en la Iglesia testigos eminentes del Dios vivo.

La tarea de formar creyentes

7. La fe fomenta la comunión y el diálogo con los hermanos para ayudarles a recorrer los senderos que conducen a Dios. Fray Juan fue un auténtico formador de creyentes. Supo iniciar a

las personas en el trato familiar con Dios, enseñándoles a descubrir su presencia y su amor en las circunstancias favorables o desfavorables, en los momentos de fervor y en los períodos de aparente abandono. Se acercaron a él espíritus egregios como Teresa de Jesús, a quien hace de guía en las últimas etapas de su experiencia mística; y también personas de gran espiritualidad, representantes de la fe y de la piedad popular, como Ana de Peñalosa, a quien dedicó la *Llama de Amor viva*. Dios le dotó de cualidades apropiadas para esa misión de guía espiritual y forjador de creyentes.

Juan de la Cruz tuvo que realizar en su tiempo una auténtica pedagogía de la fe para librarla de algunos peligros que la acechaban. Por una parte, el peligro de una excesiva credulidad en quienes, sin ningún discernimiento, se fiaban más de visiones privadas o de movimientos subjetivos que del Evangelio y de la Iglesia; por otra, la increencia como actitud radical y la dureza de corazón que incapacitan para abrirse al misterio. El doctor místico, superando esos escollos, ayuda con su ejemplo y doctrina a robustecer la fe cristiana con las cualidades fundamentales de la *fe adulta*, como pide el Concilio Vaticano II: una *fe personal*, libre y convencida, abrazada con todo el ser, una *fe eclesial*, confesada y celebrada en la comunión de la Iglesia; una *fe orante y adorante*, madurada en la experiencia de comunión con Dios; una *fe solidaria y comprometida*, manifestada en coherencia moral de vida y en dimensión de servicio. *Esta es la fe que necesitamos y de la que el santo de Fontiveros nos ofrece su testimonio personal y sus enseñanzas siempre actuales.*

II. Testigo del Dios vivo

Hondura y realismo de su fe personal

8. Juan de la Cruz es un enamorado de Dios. Trataba familiarmente con él y hablaba constantemente de él. Lo llevaba en el corazón y en los labios, porque constituía su verdadero tesoro, su mundo más real. Antes de proclamar y cantar el misterio de Dios, es su testigo; por eso habla de él con pasión y con dotes de persuasión no comunes: "Ponderaban los que le oían, que así hablaba de las cosas de Dios y de los misterios de nuestra fe, como si los viera con los ojos corporales" [7]. Gracias al don de la fe, los contenidos del misterio llegan a formar para el creyente un mundo vivo y real. El testigo anuncia lo que ha visto y oído, lo que ha contemplado, a semejanza de los profetas y de los apóstoles (cf. *1 Jn 1, 1-2*).

Como ellos, el santo posee el don de la palabra eficaz y penetrante; no sólo por la capacidad de expresar y comunicar su experiencia en símbolos y poesías, transidos de belleza y lirismo, sino por la exquisitez sapiencial de sus "dichos de luz y amor", por su propensión a hablar "palabras al corazón, bañadas en dulzor y amor", "de luz para el camino y de amor en el caminar" [8].

Cristo, plenitud de la revelación

9. La viveza y el realismo de la fe del doctor místico estriban en la referencia a los misterios centrales del cristianismo. Una persona contemporánea del santo afirma: "Entre los misterios que me parece tenía grande amor era al de la Santísima Trinidad y también al del Hijo de Dios humanado" [9]. Su fuente preferida para la contemplación de estos misterios era la Escritura, como tantas veces atestigua; en particular el capítulo 17 del Evangelio de san Juan, de cuyas palabras se hace eco: "*Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo*" (Jn 17, 3).

Teólogo y místico, hizo del misterio trinitario y de los misterios del Verbo Encarnado el eje de la vida espiritual y el cántico de su poesía. Descubre a Dios en las obras de la creación y en los hechos de la historia, porque lo busca y acoge con fe desde lo más íntimo de su ser: "El Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma... Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora" [10].

Dinamismo de la vida teologal

10. ¿Cómo consigue el místico español extraer de la fe cristiana toda esa riqueza de contenidos y de vida? Sencillamente dejando que la fe evangélica despliegue todas sus capacidades de conversión, amor, confianza, entrega. El secreto de su riqueza y eficacia estriba en que la fe es la fuente de la vida teologal: fe, caridad, esperanza. "Estas tres virtudes teologales andan en uno" [11]

Una de las aportaciones más valiosas de san Juan de la Cruz a la espiritualidad cristiana es la doctrina acerca del desarrollo de la vida teologal. En su magisterio escrito y oral centra su atención en la trilogía de la fe, la esperanza y el amor, que constituyen las actitudes originales de la existencia cristiana. En todas las fases del camino espiritual son siempre las virtudes teologales el eje de la comunicación de Dios con el hombre y de la respuesta del hombre a Dios.

La fe, unida a la caridad y a la esperanza, produce ese conocimiento íntimo y sabroso que llamamos experiencia o sentido de Dios, vida de fe, contemplación cristiana. Es algo que va más allá de la reflexión teológica o filosófica. Y la reciben de Dios, mediante el Espíritu, muchas almas sencillas y entregadas. Al dedicar el *Cántico Espiritual* a Ana de Jesús, anota el autor: "Aunque a Vuestra Reverencia le falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las verdades divinas, no le falta el de la mística que se sabe por amor en que, no solamente se saben, mas juntamente se gustan" [12]. Cristo se les revela como el Amado, aún más, como el que ama con anterioridad, como canta el poema de "El Pastorcico".

III. Los caminos de la vida de fe

Fe y existencia cristiana

11. "El justo vivirá por la fe" (*Rm 1, 17*; cf. *Ha 2, 4*). Vive de la fidelidad de Dios a sus dones y promesas, de la entrega confiada a su servicio. La fe es principio y plenitud de vida. Por eso el cristiano se llama fiel, fiel de Cristo ("*Christifideles*"). El Dios de la revelación penetra toda su existencia. La vida entera del creyente se rige, como criterio definitivo, por principios de fe. Lo advierte el doctor místico: "Para todo ello conviene presuponer un fundamento, que será como un báculo en que nos habemos de ir siempre arrimando; y conviene llevarle entendido, porque es *la luz por donde nos habemos de guiar* y entender en esta doctrina y enderezar en todos estos bienes el gozo a Dios; y es que la voluntad no se debe gozar sino sólo de aquello que es gloria y honra de Dios, y que la mayor honra que le podemos dar es servirle según la perfección evangélica, y lo que es fuera de esto es de ningún valor y provecho para el hombre" [13].

Entre los aspectos que el santo pone de relieve en la educación de la fe quiero destacar dos que tienen hoy una particular importancia en la vida de los cristianos: *la relación entre razón natural y fe, y la vivencia de la fe a través de la oración interior*.

12. Pudiera sorprender que el doctor de la fe y de la noche oscura ensalce con tanto encarecimiento el valor de la razón humana. Suyo es el célebre axioma: "*Un sólo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él*" [14]. La superioridad del hombre racional sobre el resto de la realidad mundana no debe llevar a pretensiones de dominio terreno, sino que se ha de orientar hacia su fin más propio: la unión con Dios, a quien se asemeja en dignidad. Por tanto, no cabe el desprecio de la razón natural en el campo de la fe, ni la oposición entre la racionalidad humana y el mensaje divino. Al contrario, actúan en íntima colaboración: "Hay razón natural y ley y doctrina evangélica, por donde muy bastantemente se pueden regir" [15]. La fe se encarna y actúa en el hombre, ser racional, con sus luces y sombras; el teólogo y el creyente no pueden renunciar a su racionalidad, sino que deben abrirla a los horizontes del misterio [16].

13. La vivencia de la fe a través de la oración interior es otro aspecto que san Juan de la Cruz pone particularmente de relieve en sus escritos. A este propósito, es una constante preocupación de la Iglesia en la educación de la fe la promoción cultural y teológica de los fieles, para que lleguen a profundizar en su vida interior y sean capaces de dar razón de sus creencias. Pero esa promoción intelectual *ha de pasar por un desarrollo de la dimensión contemplativa de la fe cristiana*, fruto del encuentro con el misterio de Dios. Es ahí precisamente adonde apuntan las grandes preocupaciones pastorales del místico español.

Juan de la Cruz ha educado generaciones de fieles en la oración contemplativa, como "noticia o advertencia amorosa" de Dios y de los misterios que él nos ha revelado. Las páginas que el santo ha dedicado a este tipo de oración son bien conocidas [17]. Él invita a vivir con mirada de fe y amor contemplativo la celebración litúrgica, la adoración de la Eucaristía -eterna fuente escondida

en el pan vivo-, la contemplación de la Trinidad y de los misterios de Cristo, la escucha amorosa de la Palabra divina, la comunión orante mediante las imágenes sagradas, el estupor ante la belleza de la creación con "bosques y espesuras plantadas por la mano del Amado" [18]. En este contexto educa al alma a una forma simplificada de unión interior con Cristo: "Que, pues, Dios entonces, en modo de dar, trata con ella con noticia sencilla y amorosa, también el alma trate con Él en modo de recibir, con noticia o advertencia sencilla y amorosa, para que así se junten noticia con noticia y amor con amor" [19].

La noche oscura de la fe y el silencio de Dios

14. El doctor místico llama hoy la atención de muchos creyentes y no creyentes *por la descripción que hace de la noche oscura como experiencia típicamente humana y cristiana*. Nuestra época ha vivido momentos dramáticos en los que el silencio o ausencia de Dios, la experiencia de calamidades y sufrimientos, como las guerras o el mismo holocausto de tantos seres inocentes, han hecho comprender mejor esta expresión, dándole además un carácter de experiencia colectiva, aplicada a la realidad misma de la vida y no sólo a una fase del camino espiritual. La doctrina del santo es invocada hoy ante ese misterio insondable del dolor humano.

Me refiero a ese *mundo específico del sufrimiento* del que he hablado en la carta apostólica *Salvifici doloris*. Sufrimientos físicos, morales o espirituales, como la enfermedad, la plaga del hambre, la guerra, la injusticia, la soledad, la carencia del sentido de la vida, la misma fragilidad de la existencia humana, la conciencia dolorosa del pecado, la aparente ausencia de Dios, son para el creyente una experiencia purificadora que podría llamarse *noche de la fe*.

A esta experiencia Juan de la Cruz le ha dado el nombre simbólico y evocador de *noche oscura*, con una referencia explícita a la luz y oscuridad del misterio de la fe. Sin pretender dar al angustioso problema del sufrimiento una respuesta de orden especulativo, a la luz de la Escritura y de la experiencia, va descubriendo y entresacando algo de la transformación maravillosa que Dios lleva a cabo en la oscuridad, pues "sabe él tan sabia y hermosamente sacar de los males bienes" [20]. Se trata, en definitiva, de vivir el misterio de la muerte y resurrección en Cristo con toda verdad.

15. El silencio o ausencia de Dios, como acusación o como simple queja, es un sentimiento casi espontáneo cuando se experimenta el dolor y la injusticia. Los mismos que no atribuyen a Dios la causa de las alegrías, lo responsabilizan a menudo del dolor humano. De manera diferente, pero tal vez con mayor profundidad el cristiano vive el tormento de la pérdida de Dios o su alejamiento de él; hasta puede sentirse arrojado en las tinieblas del abismo.

El doctor de la *noche oscura* halla en esta experiencia una amorosa pedagogía de Dios. El calla y se oculta a veces porque ya ha hablado y se ha manifestado con suficiente claridad. Incluso en la experiencia de su ausencia puede comunicar fe, amor y esperanza a quien se abre a él con

humildad y mansedumbre. Escribe el santo: "Esta blancura de fe llevaba el alma en la salida de esta noche oscura cuando, caminando... en tinieblas y aprietos interiores, ...sufrió con constancia y perseveró, pasando por aquellos trabajos sin desfallecer y faltar al Amado; el cual en los trabajos y tribulaciones prueba la fe de su Esposa, de manera que pueda ella después con verdad decir aquel dicho de David, es a saber: Por las palabras de tus labios, yo guardé caminos duros (*Sal 16, 4*)" [21].

La pedagogía de Dios actúa en este caso como expresión de su amor y de su misericordia. Devuelve al hombre el sentido de la gratuidad, haciéndose para él don libremente aceptado. Otras veces le hace sentir todo el alcance del pecado, que es ofensa a él, muerte y vacío del hombre. Lo educa también a discernir sobre la presencia o ausencia divina: el hombre ya no tiene que guiarse por sentimientos de gusto o disgusto, sino por fe y amor. Dios es igualmente Padre amoroso, en las horas del gozo y en los momentos del dolor.

La contemplación de Cristo crucificado

16. Sólo Jesucristo, Palabra definitiva del Padre, puede revelar a los hombres el misterio del dolor e iluminar con los destellos de su cruz gloriosa las más tenebrosas noches del cristiano. Juan de la Cruz, consecuente con sus afirmaciones acerca de Cristo nos dice que Dios tras la revelación de su Hijo "ha quedado como mudo y no tiene más que hablar" [22]; el silencio de Dios tiene su más elocuente palabra reveladora de amor en Cristo crucificado.

El santo de Fontiveros nos invita a contemplar el misterio de la cruz de Cristo, como él lo hacía habitualmente, en la poesía de "El Pastorcico" o en su célebre dibujo del Crucificado, conocido como el Cristo de san Juan de la Cruz. Sobre el misterio del abandono de Cristo en la cruz escribió ciertamente una de las páginas más sublimes de la literatura cristiana [23]. Cristo vivió el sufrimiento en todo su rigor hasta la muerte de cruz. Sobre Él se concentran en los últimos momentos las formas más duras del dolor físico, psicológico y espiritual: "*¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?*" (*Mt 27, 46*). Este sufrimiento atroz provocado por el odio y la mentira, tiene un profundo valor redentor. Estaba ordenado a que "puramente pagase la deuda y uniese al hombre con Dios" [24] 24 . Con su entrega amorosa al Padre, en el momento del mayor desamparo y del amor más grande, "*hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios*" [25] 25 . El misterio de la cruz de Cristo desvela así la gravedad del pecado y la inmensidad del amor del Redentor del hombre.

En la vida de fe, el misterio de la cruz de Cristo es referencia habitual y norma de vida cristiana: "Cuando se le ofreciere algún sinsabor y disgusto, acuérdesese de Cristo crucificado y calle. Viva en fe y esperanza, aunque sea a oscuras, que en esas tinieblas ampara Dios al alma" [26]. La fe se convierte en llama de caridad, más fuerte que la muerte, semilla y fruto de resurrección: "No piense otra cosa -escribe el santo en un momento de prueba- sino que todo lo ordena Dios; y

adonde no hay amor, ponga amor, y sacará amor [27]. Porque, en definitiva: "A la tarde te examinarán en el amor" [28].

IV. Un mensaje de proyección universal

Guía para los que buscan a Dios

17. Es motivo de gozo constatar, al conmemorar el IV Centenario de la muerte de san Juan de la Cruz, la multitud de personas que, desde las más variadas perspectivas, se acercan a sus escritos: místicos y poetas, filósofos y psicólogos, representantes de otros credos religiosos, hombres de cultura y gente sencilla.

Hay quienes se acercan a él atraídos por los valores humanistas que representa, como pueden ser el lenguaje, la filosofía, la psicología. A todos habla de la verdad de Dios y de la vocación trascendente del hombre. Por eso muchos, que leen sus escritos sólo por la hondura de su experiencia o la belleza de su poesía, asimilan consciente o inadvertidamente sus enseñanzas. Por otra parte, los místicos, como nuestro santo, son los grandes testigos de la verdad de Dios y los maestros a través de los cuales el Evangelio de Cristo y la Iglesia católica encuentran, a veces, acogida entre los seguidores de otras religiones.

Pero es también guía de los que buscan una mayor intimidad con Dios en el seno de la Santa Iglesia. Su magisterio es denso en doctrina y vida. De él pueden aprender tanto el teólogo, "llamado a intensificar su vida de fe y a unir siempre la investigación científica y la oración" [29], como los directores de conciencia, a los cuales ha dedicado páginas de gran clarividencia espiritual [30].

Un mensaje actual para España, su patria

18. Me complace dirigirme, de modo especial en esta ocasión, a la Iglesia en España, que celebra el IV Centenario de la muerte del santo como un acontecimiento eclesial, que ha de proyectarse en los individuos, en las familias, en la sociedad.

En la época en que vivió Juan de la Cruz, España era un foco irradiante de fe católica y de proyección misionera. Estimulado y, a la vez, ayudado por aquel ambiente, el santo de Fontiveros supo elaborar una síntesis armónica de fe y cultura, experiencia y doctrina, construida con los más sólidos valores de la tradición teológica y espiritual de su patria y con la belleza de su lenguaje y poesía. En él tienen los pueblos de España uno de sus representantes más universalmente conocidos.

Hoy la Iglesia española afronta tareas graves e indeclinables en el campo de la fe y de la vida pública, como han destacado con acierto sus obispos en algunos de los documentos más recientes. Sus esfuerzos deben, pues, orientarse a la revitalización de la vida cristiana, a hacer que la fe católica, convencida y libre, se exprese personal y comunitariamente en *profesión abierta, en vida coherente, en testimonio de servicio*. En una sociedad pluralista como la actual, la opción personal de fe de los cristianos exige una nueva actitud de coherencia con la gracia bautismal, y una adhesión consciente y amorosa a la Iglesia, al tener que afrontar el riesgo del anonimato y la tentación de la increencia.

La Iglesia en España está llamada también a prestar un servicio a la sociedad fomentando una adecuada armonía entre *el mensaje cristiano y los valores de la cultura*. Se trata de suscitar una fe abierta y viva que lleve la savia nueva del Evangelio a los diversos ámbitos de la vida pública. Síntesis que ha de ser llevada a cabo también por los laicos cristianos comprometidos en los variados sectores de la cultura. Para esa profunda renovación interior, comunitaria y cultural, Juan de la Cruz ofrece el ejemplo de su vida y la riqueza de sus escritos.

A los hijos e hijas del Carmelo

19. El creciente interés que san Juan de la Cruz despierta en nuestros contemporáneos es motivo de legítima satisfacción particularmente para los hijos e hijas del Carmelo Teresiano, de quienes él es padre, maestro y guía. Es también un signo de que el carisma de vida y de servicio que Dios os ha encomendado en la Iglesia sigue teniendo pleno vigor y validez.

Mas el carisma no es posesión material o herencia asegurada de una vez para siempre. Es una gracia del Espíritu que exige de vosotros fidelidad y creatividad, en comunión con la Iglesia, mostrándoos siempre atentos a sus necesidades. A todos los que sois hijos y hermanos, discípulos y seguidores de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz, *os recuerdo que vuestra vocación es motivo de grave responsabilidad, más que de gloria*.

Es ciertamente un valioso servicio a la Iglesia la solicitud y esmero con que cuidáis la presentación de sus escritos y la difusión del mensaje de vuestro padre y doctor de la Iglesia. Y lo es también el esfuerzo por facilitar la comprensión de su doctrina con estudios adecuados y la pedagogía necesaria para iniciar en su lectura y aplicación concreta. La respuesta del Carmelo Teresiano, sin embargo, ha de ir aún mas allá. Tenéis que responder con el testimonio fecundo de una rica experiencia de vida personal y comunitaria. Cada carmelita descalzo, cada comunidad, la Orden entera, están llamados a encarnar los rasgos que resplandecen en la vida y en los escritos del que es como "la imagen viva del carmelita descalzo": la austeridad, la intimidad con Dios, la oración intensa, la fraternidad evangélica, la promoción de la oración y de la perfección cristiana mediante el magisterio y la dirección espiritual, como específico apostolado vuestro en la Iglesia.

¡Qué bendición sería encontrar la palabra y la vida del santo carmelita encarnadas y personificadas en cada hijo e hija del Carmelo! Así lo han hecho tantas hermanas y hermanos vuestros que, a lo largo de estos cuatro siglos, han sabido vivir la intimidad con Dios, la mortificación, la fidelidad a la oración, la ayuda espiritual fraterna, incluso las noches oscuras de la fe. De ellos, Juan de la Cruz ha sido maestro y modelo con su vida y sus escritos.

20. En esta oportunidad no puedo dejar de dirigir una palabra de agradecimiento y de exhortación a todas las Carmelitas Descalzas. El santo las hizo objeto de su predilección al dedicarles lo mejor de su apostolado y de sus enseñanzas. Sabía formarlas una a una y en comunidad, instruyéndolas y orientándolas con su presencia y el ministerio de la confesión. La madre Teresa de Jesús lo había presentado a sus hijas con las mejores credenciales de director espiritual, como "hombre celestial y divino", "muy espiritual y de grandes experiencias y letras", a quien podían abrir sus almas para progresar en la perfección, "pues le ha dado nuestro Señor para esto particular gracia" [31].

Son innumerables las Carmelitas Descalzas que meditando amorosamente los escritos del santo doctor han alcanzado altas cimas en la vida interior. Algunas de ellas son universalmente conocidas como hijas y discípulas suyas. Baste recordar los nombres de Teresa Margarita del Corazón de Jesús, María de Jesús Crucificado, Teresa de Lisieux, Isabel de la Trinidad, Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), Teresa de los Andes. Seguid, pues, buscando con ahínco, mis queridas Carmelitas Descalzas, esparcidas por el mundo entero, *ese amor puro de la intimidad con Dios, que tan fecunda hace vuestra vida en la Iglesia.*

Conclusión

21. La evocación de san Juan de la Cruz, con ocasión del IV Centenario de su muerte, me ha permitido compartir algunas reflexiones acerca de uno de los mensajes centrales de su magisterio: *las dimensiones de la fe evangélica*. Un mensaje que él, desde las condiciones históricas de su tiempo, encarnó en su corazón y en su vida, y que continúa siendo fecundo en la Iglesia.

Al concluir esta carta me hago peregrino hasta su pueblo natal de Fontiveros donde con el bautismo recibió las primicias de la fe, hasta el convento andaluz de Úbeda donde pasó a la gloria, hasta su sepulcro en Segovia. Estos lugares que evocan su vida terrestre, son también para todo el pueblo de Dios templos de veneración del santo, cátedra permanente desde donde sigue proclamando su mensaje de vida teologal.

Al presentarlo hoy de forma solemne ante la Iglesia y ante el mundo, quiero invitar a los hijos e hijas del Carmelo a los cristianos de su patria, España, así como a cuántos buscan a Dios por los caminos de la belleza, de la teología, de la contemplación, a que escuchen su testimonio de fe y de vida evangélica, para que se sientan atraídos, como él, por la hermosura de Dios y por el amor

de Cristo, el Amado.

A nuestro Redentor y a su Santísima Madre encomiendo las actividades que durante este año jubilar tendrán lugar para conmemorar el tránsito a la gloria de san Juan de la Cruz, mientras imparto de corazón mi bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a san Pedro, el día 14 de diciembre, fiesta de san Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia, del año 1990, decimotercero de mi Pontificado.

IOANNES PAULUS PP. II

Notas

[1] Edición en lengua española, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1979.

[2] Cf. AAS LXXV (1983), págs. 293-299.

[3] Conc. Ecum. Vat. II, const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 21.

[4] Conc. Ecum. Vat. II, const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 19.

[5] *Subida del Monte Carmelo*, II, 29, 1.

[6] *Cántico espiritual* B, 26, 13.

[7] *Procesos de Beatificación y Canonización*, Declaración de fray Alonso de la Madre de Dios, en *Biblioteca Mística Carmelitana*, XIV, Burgos, 1931, pág. 370.

[8] *Dichos de luz y amor*, prólogo.

[9] *Procesos de Beatificación y Canonización*, Declaración de María de la Cruz, en *Biblioteca Mística Carmelitana*, XIV, Burgos, 1931, pág. 121.

[10] *Cántico Espiritual* B, 1, 6 y 8.

[11] *Subida del Monte Carmelo*, II, 24, 8.

[12] *Cántico Espiritual* B, prólogo, 3.

[13] *Subida del Monte Carmelo*, III, 17, 2.

[14] *Dichos de luz y amor*, 34.

[15] *Subida del Monte Carmelo*, II, 21, 4.

[16] Cf. Congregación para la doctrina de la fe, *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo*, (24-V-1990), 6.

[17] Cf. *Subida del Monte Carmelo*, II, 13-14; *Llama de amor viva* 3, 32 ss.; cf. Congregación para la doctrina de la fe, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana* (15-X-1989), 19.

[18] *Cántico Espiritual* B, 4.

[19] *Llama de amor viva*, 3, 34.

[20] *Cántico Espiritual*, B, 23, 5.

[21] *Noche oscura*, II, 21, 5.

[22] *Subida del Monte Carmelo*, II, 22, 4.

[23] Cf. *Subida del Monte Carmelo*, II, 7, 5-11.

[24] Cf. *Subida del Monte Carmelo*, II, 7, 5-11.

[25] Cf. *Subida del Monte Carmelo*, II, 7, 5-11.

[26] *Carta* n. 20.

[27] *Carta* n. 26.

[28] *Dichos de luz y amor*, 59.

[29] Congregación para la doctrina de la fe, *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo* (24-V-1990), 8.

[30] Cf. *Llama de amor viva*, 3, 30 y ss.

[31] *Carta a Ana de Jesús*, noviembre-diciembre de 1578.

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana